

EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.^a SERIE ✧ BARCELONA, septiembre de 1895 ✧ NÚMERO 48



PIZARRO

Los conspiradores retrocedieron un instante; pero después, rehaciéndose prontamente, consiguieron herir á Pizarro en la garganta

SUMARIO

Pizarro (*conclusión*).—Contraste matrimonial.—Una aventura en Egipto.—El dedo de Dios (*Continuación*).—Un valiente cow-boy.—El jaguar y los pecaríes.—Pensamientos.

PIZARRO

(*Conclusión*)

El paso de los Andes fué por demás peligroso, y Pizarro envió á buscar á su hermano muy pronto para que le siguiera. No tardaron en llegar embajadores de Atahualpa con diversos regalos, para decir al jefe de los españoles que el camino estaba libre de enemigos. Al bajar los expedicionarios por la Sierra, vieron la pequeña ciudad de Caxamalca, y á cosa de una legua más lejos, en la pendiente de las colinas, innumerables tiendas de campaña, que se extendían como copos de nieve en un espacio de varias millas.

«Quedamos asombrados,—escribió uno de los conquistadores,—al contemplar la orgullosa posición que ocupaban los indios. ¡No habíamos visto nunca tantas tiendas, tan bien dispuestas y arregladas! El espectáculo produjo cierta confusión, y hasta temor en los más intrépidos; pero era ya demasiado tarde para retroceder ó manifestar la menor señal de debilidad, puesto que los naturales que iban con nosotros habrían sido, sin duda, los primeros en acometernos. Hé aquí por qué, aparentando la mayor serenidad, después de observar el terreno, nos preparamos para entrar en Caxamalca.

Pizarro, formando sus fuerzas en tres divisiones, avanzó en orden de batalla por las pendientes en dirección á la ciudad india. Nadie salió para darles la bienvenida, y atravesó las calles sin encontrar un solo ser viviente ni oír más sonidos que los ecos.

Era ya muy entrada la tarde del 15 de noviembre de 1532, cuando los vencedores entraron en la ciudad de Caxamalca. Amenazaba una tempestad, y muy pronto comenzó á caer la lluvia y el granizo.

Pizarro resolvió enviar desde luego una embajada al inca, á fin de averiguar cuáles eran sus disposiciones, y eligió á Hernando de Soto con quince caballos; pero después, juzgando que el número era demasiado reducido, mandó á su hermano Hernando que le siguiera con veinte soldados.

Entre la ciudad y el campamento imperial había una calzada, construída á través de una pradera, y por ella galoparon los caballos, que antes de una hora llegaron frente al campamento peruano. Las lanzas de los guerreros estaban clavadas en tierra delante de las tiendas, y los soldados indios contemplaron con silencioso asombro la cabalgata española, que con gran estrépito de armas y trompetas avanzaba como una terrible aparición.

Los españoles llegaron á poco á una ancha corriente, de muy poco fondo, cruzada por un puente de madera; mas los caballeros, desconfiando de su solidez, prefirieron pasar por el agua. Después halláronse ante el cuartel general de los Incas, especie de gran patio, con una ligera construcción en el centro y galerías al rededor. Este patio estaba lleno de indios nobles, que constituían la corte del monarca, y con ellos veíanse mujeres, sin duda de alta jerarquía. No fué difícil reconocer al mismo Atahualpa, que llevaba la borla carmesí, distintivo de la soberanía peruana, que había revestido después de la derrota de su hermano Huascar.

Hernando Pizarro y Soto, seguidos solamente de dos ó tres hombres de su comitiva, adelantáronse poco á poco hasta que estuvieron frente al inca, y el primero, haciendo una respetuosa inclinación, pero sin desmontar, manifestó á Atahualpa que iba como embajador de su hermano, el jefe de los hombres blancos, para anunciar al soberano su llegada á la ciudad de Caxamalca. Dijo también que eran súbditos d. un poderoso príncipe al otro lado de las aguas, y que habían llegado hasta allí, atraídos por el relato de sus grandes victorias, para enseñar las doctrinas de la verdadera fe que ellos profesaban. Por último, añadió que invitaba al soberano Atahualpa, en nombre de Pizarro, á ir á visitar á los españoles en su cuartel general.

El inca no contestó una palabra á todo esto, ni dió la menor señal de comprender una palabra; pero uno de los nobles respondió:

—Está bien.

La situación era algo crítica para los españoles. Con tono respetuoso, Hernando Pizarro rompió el silencio otra vez, rogando al inca que hablase, manifestando lo que tuviera por conveniente; y entonces Atahualpa condescendió á contestar, mientras que una ligera sonrisa entreabría sus labios.

—Decid á vuestro capitán,—replicó,—que estoy de ayuno y que no concluiré hasta mañana. Entonces le visitaré con mis jefes, y, entretanto, puede ocupar los edificios públicos de la plaza y no otros hasta que yo vaya y vea lo que debe hacerse.

Soto, que era tal vez el que iba mejor montado y quizás el más hábil jinete entre los que acompañaban á Pizarro, observando que Atahualpa miraba con algún interés el fogoso corcel que tenía delante, le soltó la rienda, clavó espuelas y le precipitó furiosamente por la llanura. Después hízole dar varias vueltas, para que se viesen sus graciosos movimientos y la destreza del jinete, y, al fin, volvió con el noble cuadrúpedo, acercándole tanto al inca, que el resoplido del animal le humedeció el rostro. Sin embargo, Atahualpa permaneció inmóvil como una estatua de mármol, aunque algunos de sus guerreros se retiraron atemorizados; acto que les costó la vida, si es verdad, como dijeron los españoles, que el inca los condenó á muerte por haber manifestado debilidad ante los extranjeros.

Despidiéndose del soberano, los españoles volvieron á Caxamalca poseídos de inquietud, la cual se comunicó á sus compañeros en el campamento; mas Pizarro se regocijó de que los asuntos llegaran á tomar el giro que él había deseado tanto, y reanimó el entusiasmo de su gente, que ya comenzaba á extinguirse, infundiéndole á todos nuevo valor. Después reunió un consejo de oficiales y propuso un plan para tender una emboscada al inca y cogerle prisionero á la vista de todo su ejército.

por los prados prolongábase en toda la distancia que la vista podía alcanzar, brillando como el sol. Cuando los Incas estuvieron á media milla de la ciudad, detuviéronse, y poco después se presentó un mensajero á los españoles para decirles que el rey no entraría en la ciudad hasta la mañana siguiente. Esto desconcertaba el plan de Pizarro, y, de consiguiente, contestó con otro mensaje diciendo que semejante cambio sería para él muy enojoso, que lo había preparado todo para recibir



CONTRASTE MATRIMONIAL: Escapóse un día, en plena pítima, del hogar doméstico...

El 16 de noviembre de 1532, en día de sábado, Pizarro dió á conocer á sus soldados el plan de ataque. La plaza estaba defendida en sus tres lados por construcciones de planta baja, con espaciosos patios, ganchos, puertas. En estos patios apostó su caballería en dos divisiones, una á las órdenes de su hermano Hernando y la otra á las de Soto. La infantería se situó en otro de los edificios, y Pizarro reservó para sí veinte hombres escogidos. Pedro de Candía, con algunos soldados y la artillería, compuesta únicamente de dos piezas de las llamadas falconetes, ocupó la fortaleza. Todos recibieron orden de esperar en su puesto la llegada del inca. Apenas se le vió, un cañonazo serviría de señal para que la fuerza atacase al punto á los peruanos, apoderándose del rey inca.

La procesión de los indios no comenzó su marcha hasta la tarde, y cuando se extendió

á Atahualpa y que le esperaba aquella misma noche para cenar con él. Esto produjo el efecto deseado, y el inca continuó su marcha, dejando la mayor parte de sus guerreros detrás y presentándose en la plaza sin armas.

Poco antes de ponerse el sol, la real procesión penetró en la ciudad, y el rey inca fué elevado en un brillante palanquín. Fray Vicente de Valverde, hermano dominico y capellán de Pizarro, se adelantó con una *Biblia* en la mano y un crucifijo en la otra y habló al inca, diciéndole que venía á enseñarle las doctrinas de la verdadera fe. Después explicóle lo mejor que pudo el misterio de la Trinidad, y concluyó rogándole que abrazase la verdadera religión, reconociéndose como tributario del emperador Carlos V.

Bien podía dudarse que Atahualpa comprendiera todo esto; pero seguramente hubo de sospechar que la esencia del discurso tenía por

objeto inducirle á resignar su cetro, acatando la supremacía de otro, y en sus ojos brilló un relámpago de cólera.

—No seré tributario de ningún hombre,—contestó,—porque soy el príncipe más grande que hay en la tierra. Vuestro emperador puede ser un poderoso monarca. No lo dudo al ver que ha enviado sus súbditos tan lejos á través de las aguas, y me avengo á considerarle como un hermano; pero en cuanto al papa de que habláis, es una locura que disponga de países

—¿No veis,—exclamó,—que mientras estamos aquí perdiendo el tiempo para convencer á ese perro, lleno de orgullo, los campos se llenan de indios? ¡Atacad sin más vacilaciones: yo os absuelvo!

Pizarro vió que era llegada la hora. Agitó en el aire una faja blanca, y el cañón fatal hizo fuego desde la fortaleza. Después, precipitándose en la plaza, el capitán español y sus secuaces gritaron: —¡Santiago, y á ellos!, palabras á que contestó el grito de guerra de todos



CONTRASTE MATRIMONIAL: A tan horrible manifestación, la pobre cayó al suelo sin conocimiento...

que no le pertenecen. Por lo que hace á mi fe, no quiero cambiarla. Vuestro Dios, según decís, sufrió la muerte de manos de los propios hombres que él creó; pero el mío,—añadió, señalando el sol,—aún vive en el cielo y siempre mira sobre sus hijos.

El inca preguntó después á Valverde con qué autoridad decía aquellas cosas, y el padre contestó señalando la *Biblia*. Entonces Atahualpa, cogiendo el libro, le hojeó un momento; y como recordase, al parecer, de pronto el insulto que se le había hecho, arrojó el volumen con violencia, exclamando:

—Decid á vuestros compañeros que me darán cuenta de sus actos en mi territorio; y no me iré de aquí hasta haber recibido satisfacción completa de los daños cometidos.

El fraile, muy escandalizado, recogió la *Biblia*, y, corriendo en busca de Pizarro, díjole lo que había hecho.

los españoles que estaban en la ciudad, mientras que se lanzaban en medio de la multitud india.

Esta última, sorprendida tan de repente, no supo qué hacer. El estruendo de la artillería atronaba los oídos á todos, y todas las salidas para escapar quedaron interceptadas por cadáveres, siendo tal la angustia de los que sobrevivían, que un numeroso cuerpo de indios derribó, en sus desesperados esfuerzos, las paredes de piedra y arcilla seca, dejando un boquete de más de cien pasos, á través del cual escapó una multitud, perseguida de cerca por la caballería.

La matanza continuó al rededor del rey inca, cuyos nobles se interpusieron entre él y los enemigos, tratando de escudarle con sus cuerpos, hasta que, al fin, como ya oscurecía, algunos caballeros hicieron una desesperada tentativa para terminar la lucha, dando muer-

te al mismo Atahualpa; pero Pizarro se opuso.

de sus mismos hombres: era la única que hubiese recibido un español en la acción.



UNA AVENTURA EN EGIP. O: El valiente jeque esperaba el ataque, fusil en mano...

—¡Si alguno apreciaba en algo su vida,—gritó,—que no toque al inca!

Y, extendiendo su brazo para escudarlo, recibió en la mano una herida, que le infirió uno

Al fin, muertos los hombres que sostenían la real litera, ésta volcó, y el inca hubiera caído en tierra si Pizarro y otros caballeros no le hubiesen cogido en brazos.

El número de muertos no se conoce á punto fijo. El secretario de Pizarro dijo que habían caído dos mil indígenas; pero un descendiente de los Incas aseguró que habían perecido diez mil. Aunque la matanza fué continua, duró muy poco, pues al cabo de media hora, ó cosa así, dióse por terminada.

El rey inca, á quien se retuvo prisionero, se inquietó mucho al pensar que su hermano Huascar podría aprovecharse de la crítica situación de los asuntos para escapar y ponerse á la cabeza del imperio sin que nadie se lo disputase. Poseído de este temor, dijo á Pizarro que si le dejaba en libertad llenaría de oro hasta el techo la habitación en que se hallaba, y la contigua dos veces de plata. El jefe español aceptó la oferta, á la cual debía darse cumplimiento en el espacio de dos meses; pero Huascar, habiendo tenido noticia de la prisión de su hermano y del rescate ofrecido, trató de recobrar su libertad y envió un mensaje á Pizarro, ofreciéndole mayor rescate. Todo esto fué comunicado secretamente á Atahuallpa, quien, muy alarmado al saber que el jefe español se proponía entender en la controversia de ambos hermanos, resolvió suprimir para siempre la causa de envidia por la muerte de Huascar. Las secretas órdenes que dió fueron ejecutadas, y el hermano pereció ahogado.

Antes que la habitación estuviese llena de oro, los compañeros de Pizarro quisieron que se hiciera la repartición, y Pizarro consintió, al fin; pero, después de hacerse esto, no supieron qué partido tomar respecto al inca, pues temían dejarle en libertad. Sobre este punto discutieron mucho los españoles; pero la mayoría opinó que se debía darle muerte. En su consecuencia, se le formó causa, acusándosele, entre otras leves cosas que tenían relación con las costumbres nacionales, de haber tratado de provocar una insurrección contra los españoles mientras estaba prisionero. Se le reconoció culpable y condenósele á ser quemado vivo; pero la pena se conmutó por la de garrote, por haber consentido el inca en recibir el bautismo.

Volvamos á Pizarro. Su primera disposición fué nombrar á su hermano Gonzalo gobernador de Quito; mientras que él continuó en Lima, ensanchando la capital naciente, sin cuidarse de la facción de Almagro, que contaba ya varios centenares de hombres, diseminados cerca de Lima, donde habitaba el hijo de aquél. Estos hombres, pobres y resentidos por el insulto, resolvieron, al fin, asesinar á Pizarro.

Este jefe acababa de comer y estaba rodeado de sus amigos, cuando le alarmó un estrépito en el patio: los conspiradores, precipitándose por la escalera, derribaron á cuantos se ponían delante y penetraron en la antecámara.

Martínez de Alcántara, hermano de Pizarro, se hallaba en la habitación contigua ayudándole á ponerse su cota de malla, cuando vió que los conjurados estaban ya á la puerta. Con dos jóvenes pajes precipitóse sobre ellos y siguióse una desesperada lucha. Pizarro, sin tener tiempo para ajustarse la coraza, arroja,

al fin, arrollóse en un brazo la capa, empuñó con la diestra el acero y se lanzó en auxilio de su hermano. Los conspiradores retrocedieron un instante; pero después, rehaciéndose prontamente, consiguieron herir á Pizarro en la garganta; y como cayese en tierra, los conjurados le atravesaron con sus espadas.

Un momento después de consumir su crimen, bajaron á la calle gritando:

— ¡El tirano ha muerto! ¡Las leyes quedar restablecidas! ¡Viva nuestro emperador y su gobernador Almagro!

No se siguieron á esto más violencias. Las reclamaciones del joven aspirante fueron reconocidas como buenas y se proclamó á Almagro gobernador y capitán general del Perú.

¡Tal fué la suerte de Francisco Pizarro! ¡Este fué el fin del Conquistador del Perú!

CONTRASTE MATRIMONIAL

Trátase de un pillastrón de marido que, empezando por ser ladrón y borracho, acababa en haragán y manirroto. Quiso Dios que consiguiera engañar á una infeliz y honrada joven, y, después de dilapidar la modesta suma que como dote le había aportado, escapóse un día, en plena pítima, del hogar doméstico, dirigiéndose á un campamento de *settlers*, no menos *non sancti* que el tal perdido, y allí fué de ver la alegría del fugitivo Eneas, al verse libre de las para él pesadas cadenas del matrimonio, cuando su santísima mujer era una mártir de sus infamias y malos tratamientos.

La pobrecilla, en lugar de dar gracias al cielo por no tener que soportar ya las perrerías de aquel rinoceronte, corrió desolada en su busca, preguntando á todo el mundo por el indigno esposo; pero vanas eran sus pesquisas, pues sólo era objeto de burlas, cuando no recibía ásperas contestaciones. Por fin, un día se encontró con unos *settlers* compinches del esposo, y, queriendo divertirse á su costa, le dijeron que su marido había muerto á manos de los Pielés Rojas, que le habían, como de costumbre, disecado el cuero cabelludo. A tan horrible manifestación, la pobre cayó al suelo sin conocimiento... de lo cual se aprovecharon los *settlers* para robarle lo poco que llevaba de valor encima: la sortija, los pendientes y el portamonedas. Al volver en sí, comprendió la infeliz la treta; pero ya los pájaros habían tomado las de Villadiego, y así estará aún la desgraciada señora, buscando al pillastrón de su marido.

UNA AVENTURA EN EGIPTO

Un funcionario inglés de los que actualmente hacen la felicidad de Egipto, cometió la imprudencia de dejar que sus dos hijos, Frank y Cecilia, salieran á dar un paseo por los alrededores, en compañía de un jeque árabe, adicto á la soberbia Albión.

Muy tranquilos iban, cuando, de pronto, advirtieron que pasaba por allí cerca una parti-

da de árabes dedicados al robo. Escondiéronse en una cueva, y allí pasaron un mal rato, haciéndose patente la lealtad del jefe musulmán, resuelto á perder la vida en su defensa. El valiente jeque esperaba el ataque, fusil en mano; pero, afortunadamente, los árabes pasaron de largo, y los amenazados niños y su defensor pudieron regresar sanos y salvos á Siut, capital del Alto Egipto, donde residía el citado funcionario.

cerduna, bastante parecidos á nuestros lechones, provistos de una glándula especial en el dorso. Sus caninos, sin embargo, no se proyectan fuera de la boca, como se ve en los jabalíes.

Hay dos especies ó variedades de pecaríes: una de ellas, el *jabali mejicano* ó *pecarí de collar*, mide unos tres pies y se distingue por lo rechoncho de sus formas; pelaje blanco y negro; alimentación omnívora; carne excelen-



UN VALIENTE «COW-BOY»: Cayóse Jim del caballo

UN VALIENTE COW-BOY

El oficio de *cow boy*, ó pastor de bueyes, de las llanuras del O. de los Estados Unidos, está sujeto á muchas quiebras, pues á lo mejor se ve acometido por los feroces indios *Siux*, que no perdonan. Tal fué la aventura que le sucedió á un joven zagal, llamado Eduardo, que guardaba una gran manada de bueyes á las órdenes del pastor Jim Caldwell. Los *Siux* los atacaron; huyeron ambos y el ganado; cayóse Jim del caballo; pero el zagal, á pesar de la proximidad del enemigo, echó pie á tierra y arrastró como pudo al herido hacia una cueva, donde se refugiaron, burlando la persecución de los indios, gracias á haberse echado la noche encima.

EL JAGUAR Y LOS PECARÍES

Los pecaríes son unos animales de la familia

te. Vive en madrigueras ó en la cavidad de los árboles huecos. Habita desde el río Colorado, en el Arkansas, hasta el Paraguay, y no deja de ser muy peligroso, pues ataca á veces al hombre.

Los pecaríes abundan mucho en Honduras, en manadas de centenares, como le consta perfectamente á cierto cónsul inglés, llamado mister Fowler, que, habiéndose internado un día por los bosques, se vió rodeado de innumerable multitud de aquellos animalitos, que se disponían á merendárselo; pero tuvo tiempo para encaramarse á un árbol dejándolos chasqueados. Tenía una carabina, y comenzó á disparar sobre los pecaríes, causando numerosas víctimas, mas no por eso se apartaban. Teníanle sitiado, y el hombre acabó por consumir todas las municiones.

La Providencia le deparó, sin embargo, un auxilio imprevisto. Tal fué la aparición de un formidable jaguar ó tigre americano que hizo



EL JAGUAR Y LOS PECARÍES: Hizo terrible carnicería en los pecaríes

terrible carnicería en los pecaríes, poniéndolos en dispersión. El jaguar, satisfecho, no pensó en atacar á Mr. Fowler, que bajó del árbol así

que desapareció su auxiliar, con firme propósito de no volver á exponerse á tan angustiosos trances.

ADMINISTRACIÓN: RAMÓN MOLINAS, EDITOR: PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA.—NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: Plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA